

Irène Cohen-Janca • Maurizio A. C. Quarello

El último viaje

DEL DOCTOR KORCZAK Y SUS HIJOS

loqueleg

—¡Arrestaron al doctor Korczak!

—¡Arrestaron al doctor Korczak!

—¡Arrestaron al doctor Korczak!

—Se lo llevaron lejos de Varsovia,
a un campo de trabajo en Dublín, ¡y ahí se está muriendo!

—¡Lo torturaron y lo mataron!

—¡Se lo llevaron a un bosque y lo fusilaron!

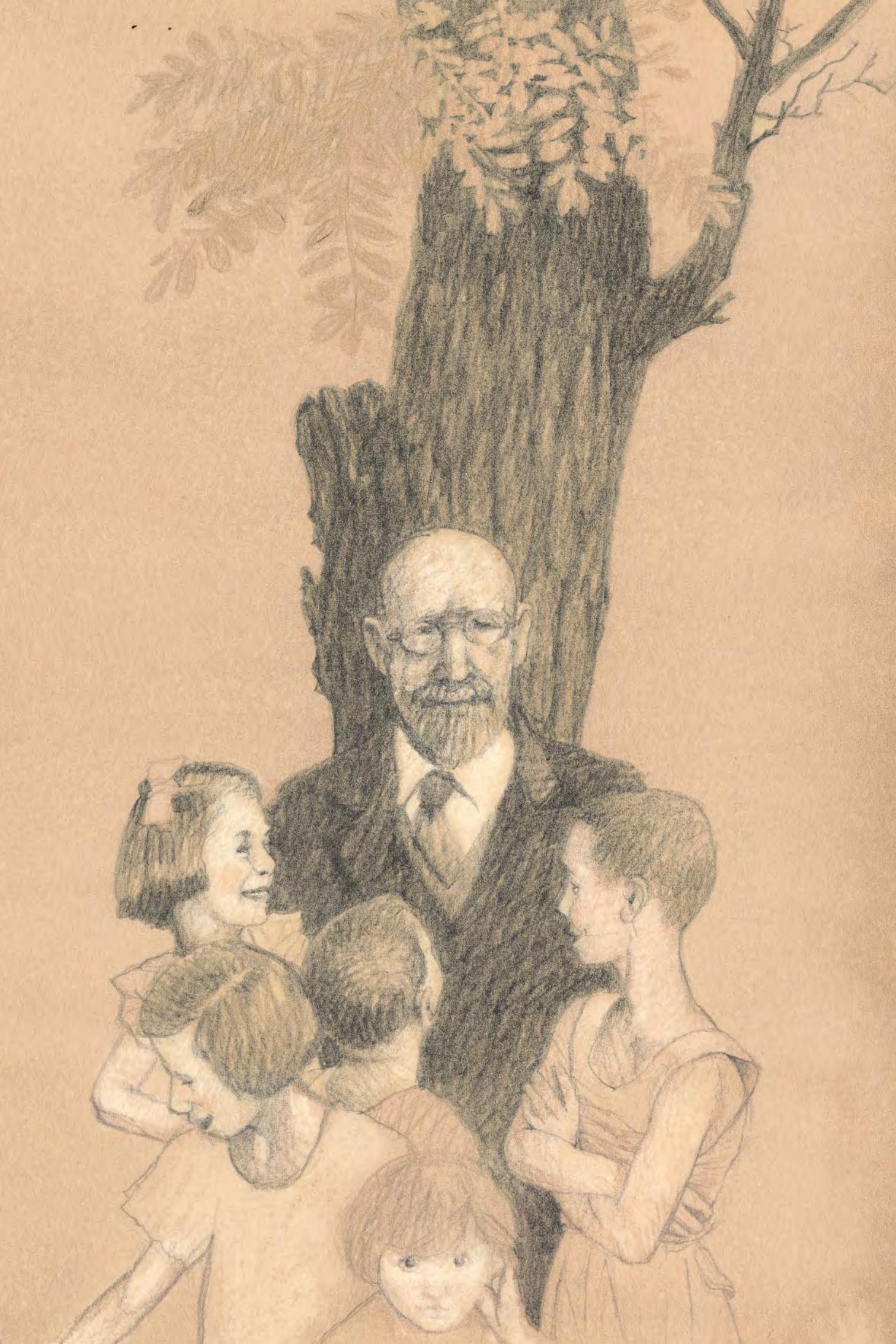
La increíble noticia se difunde en un santiamén. Todos creen saber qué pasó. Cada uno cuenta cosas diferentes. Pero nosotros, ¡nosotros sabemos que todo es falso!

No pueden haber matado al doctor Korczak. ¡Es imposible!

Es demasiado famoso. Es un gran médico, un científico, un escritor. Ha curado a las personas más ricas y poderosas, ha dado conferencias en el mundo entero, ha escrito muchos libros para grandes y para pequeños, e incluso hubo un tiempo en que habló en la radio. Todos en Polonia escuchaban sus *Charlas con el viejo doctor*.

Pero Pan Doktor —el Señor Doctor, como nosotros lo llamamos— es sobre todo nuestro protector, el protector de los huérfanos y de los niños pobres de Varsovia.





Adiós, calle Krochmalna





Ayer, 29 de noviembre de 1940, fuimos obligados a abandonar la Casa del Huérfano, nuestra grande y bella casa blanca situada en el número 92 de la calle Krochmalna, en Varsovia.

Ahí dejamos a nuestra querida lavandera y a Piotr Zalewski, el gigante que vigilaba el orfanato. Piotr nos permitía trabajar con él en la carpintería del sótano y, aunque a veces de broma nos torcía la nariz con sus enormes manos, nosotros lo queríamos bien.

Los dos, al vernos partir, tenían los ojos rojos, y Piotr tenía también la cara hinchada, a causa de los golpes que recibiera de los soldados alemanes.

Los dos querían seguirnos a nuestra nueva casa, pero ellos no tienen derecho a acompañarnos
del otro lado.

Cuando nos fuimos de la Casa del Huérfano, vi a Pan Doktor dirigir su mirada por última vez hacia la pequeña buhardilla del último piso. Era su cuarto, con el gran escritorio de roble, una angosta cama de hierro y libros que tapizaban los muros. Ahí era donde dormía, le daba de comer a los gorriones de paso, escribía libros para explicar a los adultos cómo amar y respetar a los niños, e inventaba cuentos con héroes de nuestra edad, como el Rey Matías I o Kaytek, el Mago.



No vivía solo: una ratoncita de nombre Perspicacia habitaba debajo de su armario y salía a visitarlo.